

ALBUM LITERARIO

Los Celos

ODA SEGUNDA DE SAFO

[Del griego]

No un mortal, sér divino
ese hombre me parece que a tu lado
tu acento goza suave y peregrino,
y tu amable sonrisa; ¡afortunado!

Pero en mi triste pecho
sufre oprimido el corazón al verte;
a mi voz la garganta es cauce
estrecho;
rota mi lengua, permanece inerte;

Discurre sutil fuego
bajo la piel; se abrasan mis
sentidos;
la vista nada mira; sin sosiego
zumban y me atormentan los oídos;

Me baña un sudor frío,
un temblor de mis miembros se
apodera,
amarillo se torna el rostro mío,
y ¡ay! desfallezco en la batalla fiera.

José de la Cruz Herrera.

Flechas Doradas

I

Radiante el sol, los últimos
destellos
reflejaba en el cespéd de esme-
raldas,
proyectando su lumbre en lluvia
de oro
desde el vago confín de la
sabana....

Volviste entonces los rasgados
ojos
y al clavar en ocaso la mirada,
hubo un choque de luz, que se
deshizo
en mil flechas doradas.

II

Los pájaros, ya próxima la noche,
decíanse sus amores en la rama,
en lenguaje que tiene para el poeta
dulzuras encantadas....

Cantaste tú y un melodioso ritmo
cruzó el espacio con su nota alada
y enmudecieron las cantoras aves,
cual si una flecha hiriera sus
gargantas.

III

Contemplaba el paisaje,
conmovido
de Schubert al oír la serenata;
suspiraste al callar... y aquel
suspiro,
como una flecha de dorado giro,
se fue a clavar en lo interior del
alma.

Isaías Jurado Quintero.

El Buey

¡Oh buey, te admiro! Un dulce
sentimiento
de salud y de paz en mí derramas,
ya te miré del alba entre las
gramas,
solemne cual un vivo monumento;

o cuando doblegándote contento,
secundas grave, bajo el sol de
llamas,
los esfuerzos del hombre, y los
proclamas
en tu mirar cansado y soñoliento,

De tu negra nariz humedecida
exhálase la esencia de tu vida
con tu mugir alegre y sonoro;

y de tus ojos la dulzura austera
refleja, glauca, la feraz pradera
sumida de la tarde en el reposo!

Darío Herrera.

Colón en la cárcel

Ignoro qué me incita,
presidiario,
a pensar que los hierros que te
oprimen
tienen humana voz... ¡Quién
sabe gimen
viéndote mudo, enfermo y solitario!

Ignoro qué me hiere, ¡oh!
visionario,
al ver que triunfa y se envanece
el Crímen
cuando a todos los genios que
redimen
martiriza la Infamia en el Calvario!

Sabiendo que Dios mismo te
impelía
con su invisible diestra hacia
el Imperio

que en tus quimeras vió tu fantasía,
cómo prever que el Genio de las
Penas
te reservara oprobio y cautiverio
para trocar tus lauros en cadenas!

Gaspar Octavio Hernández.

LAS CAMPANILLAS

Cuando en las tardes de sol,
radiante
miro en silencio las campanillas,
cómo recuerdo que son las reinas
de las murallas y de las ruinas.

Entre las grietas de los escom-
bros
se adhiere el tronco que las anima,
y allí florecen meditaundas
tan solitarias, tan amarillas.

Es que los muros que se des-
plomán
tienen historias que las contristan,
como de cosas que se recuerdan,
como de cosas que nos lastiman,

Un sentimiento dulce, piadoso,
parece a veces que las cautiva,
las emociona lo que euejece,
las enamora lo que agoniza.

Acaso sienten de la intemperie
la desolada tristeza íntima
de viejas glorias, pasadas pompas
que el tiempo esparce como cenizas.

Nunca en los tiestos de las
ventanas
divinos labios las acarician,
y en los cabellos de las hermosas
jamás se ostentan las campanillas.

Nunca sonriente entre los búcaros
ni en los festines gallardas brillan,
son tan humildes que da tristeza
verlas tan solas, tan amarillas.

Como canciones nocturnas oyen
de aves siniestras la voz fatídica,
y de la turba de los murciélagos
su extraño ruido las regocija.

En el silencio de las tinieblas
talvez escuchen entre las ruinas,
la amarga nenia de los recuerdos
que en viejos muros canta la brisa.

Quieran los hados que de un
escombro
vuele a mi tumba polvo de vida,
y allí que nazcan, y allí florezcan
meditaundas las campanillas.

Cristóbal Martínez.